

Claroscuro Nº 21 (Vol. 2) - 2022

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: claroscuro.cedcu@gmail.com

Título: Circulación de imágenes de animales híbridos entre Mesopotamia y el norte de África en el IV milenio a.C.

Title: Circulation of Hybrid Animal Images Between Mesopotamia and North Africa in the 4th millennium BC.

Autor(es)/Author(s): Sebastián F. Maydana

Fuente: Claroscuro, Año 21, Nº 21 (Vol. 2) - Diciembre 2022, pp.1-32.

DOI: 10.35305/cl.vi21.118

Publicado en: <https://claroscuro.unr.edu.ar/>



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.



Universidad
Nacional
de Rosario

Circulación de imágenes de animales híbridos entre Mesopotamia y el norte de África en el IV milenio a.C.

*Sebastián Maydana**

Resumen

La reciente reedición de un libro de David Wengrow dedicado a los “monstruos” en el arte egipcio y mesopotámico del IV milenio a.C. supone una excusa perfecta para discutir el rol de las imágenes en la historia, en las sociedades humanas y en sus interrelaciones. Mientras que su teoría, cognitivista, considera a las imágenes de animales fantásticos apenas como mecanismos de traducción del mundo circundante, otros académicos (entre los que me incluyo) le otorgan al arte y a la imaginación un papel activo en la creación de dicho mundo. En esta oportunidad me gustaría demostrar la utilidad del segundo abordaje para comprender la historia antigua de sociedades con tradición iconográfica antes que escrita. Para ello, discutiré el modelo cognitivista de “transmisión” de este tipo de imágenes impugnando la centralidad que es asignada a las ciudades, y privilegiando en cambio los espacios inter-urbanos como verdaderos ámbitos para el intercambio icónico. Pensar la imagen no como un emblema transmisor de significados, sino como un instrumento para influir sobre el paisaje y modificar lo existente, permite entender mejor las dinámicas de relacionamiento entre diferentes unidades políticas en el pasado a través de la utilización de iconografías compartidas.

Palabras clave: Quimeras; Iconografía; Período predinástico; Cognitivismo; Giro Icónico

*Universidad de Buenos Aires, Argentina.

E-mail: maydanasf@gmail.com Recibido: 23/10/2021, Aceptado: 12/11/2021

Circulation of Hybrid Animal Images Between Mesopotamia and North Africa in the 4th millennium BCE.

Abstract

The recent re-issue of a book by David Wengrow on the “monsters” of Egyptian and Mesopotamian art in the fourth millennium BCE provides the perfect excuse to discuss the role of images in history and in the relationships between human societies. While his theory, based on cognitive studies, considers the images of fantastic animals merely as mechanisms for translating the surrounding world, other scholars (among whom I include myself) award art and imagination an active role in the creation of said world. In this opportunity, I would like to demonstrate the importance of the latter approach for understanding the ancient history of societies with an iconographic tradition rather than a written one. To do this, I will discuss the cognitivist model for the “transmission” of this type of images, contesting the centrality that it assigns to cities, and instead favouring inter-urban spaces as the true motors of iconic exchange. Thinking images, not as emblems that transmit meanings, but as graphic tools to influence the landscape and modify the world, allows for a better understanding of the dynamics between different political units in the past through the use of shared iconography.

Key-words: Chimaeras; Iconography; Predynastic Period; Cognitivism; Iconic Turn

1 Introducción

En 1955, Georges Bataille publica su estudio clásico sobre el arte primitivo, donde identifica en el hecho artístico de Lascaux el punto de inflexión donde el ser humano se independiza de los últimos vestigios de animalidad que conservaba: “Lo que distingue a estos primeros hombres es haber elaborado solos –por cierto, a través del esfuerzo de generaciones– un mundo humano” (Bataille 2003[1955]: 36). Lo que el pensador francés está describiendo es el proceso ontogenético por el cual el ser humano, a través de la imagen, se construye a sí mismo. A su vez, el arte prehistórico transforma el mundo, o lo que es lo mismo, crea un mundo distinto a medida humana.

Esto es algo que, aunque podría haber resultado radical a mediados del s. XX, en las últimas décadas se transformó en un hecho aceptado por los historiadores del arte. Comenzando por Alfred Gell (1998), buena parte de

los académicos que se nuclean dentro del llamado Giro Icónico reconocen que la intención detrás de la creación de imágenes muchas veces es la de influir en el mundo que la rodea; es una forma de conocer, pero también de crear el mundo.

Dicho punto de partida es especialmente útil a la hora de estudiar las imágenes de animales híbridos creadas en el IV milenio a.C., muchos de cuyos motivos aparecieron en el valle del Nilo en un momento de cambio radical. Estas imágenes de animales fantásticos, quimeras o híbridos (más adelante discutiremos cómo llamarlas) son elocuentes en el sentido de impugnar la presunción de que el arte reproduce el mundo real. En este artículo propondré que las imágenes de híbridos parecen haber sido creadas con la intención no de reflejar el estado de cosas en la sociedad egipcia contemporánea, sino más bien de influir en aquel.

La reciente reedición de un libro de David Wengrow (2020) dedicado a los “monstruos” en el arte egipcio y mesopotámico supone una excusa perfecta para discutir el rol de las imágenes en la historia y en las relaciones entre sociedades humanas. Mientras que Wengrow, partiendo de la teoría cognitivista, considera a las imágenes de animales fantásticos apenas como mecanismos de traducción del mundo circundante, otros académicos (entre los que me incluyo) le otorgan al arte y a la imaginación un papel activo en la creación de dicho mundo. Esta divergencia no es apenas una elección teórica o metodológica, sino que se trata de dos formas diferentes de acercarse al estudio de las sociedades humanas a lo largo del tiempo y en sus interrelaciones.

En las páginas que siguen me gustaría demostrar la utilidad del segundo enfoque para abordar la historia de las relaciones entre sociedades sin escritura. O estrictamente, sociedades con una tradición iconográfica más que escrita (Severi 2004: 7). Para ello, discutiré el modelo que propone Wengrow para lo que él llama la “transmisión” (Wengrow 2020: 70) de imágenes entre distintas unidades de población durante el IV milenio a.C. En particular, mi crítica irá en el sentido de impugnar la centralidad que es asignada a las ciudades, privilegiando en cambio los espacios inter-urbanos como verdaderos escenarios del intercambio icónico.

Además, pensar a la imagen no como un emblema transmisor de significados sino más bien como un instrumento concreto para influir sobre el paisaje y modificar lo existente permite observar mejor las intenciones locales detrás del uso de ciertos motivos (en este caso examinaré los híbridos, monstruos o quimeras predinásticos). También posibilita entender mejor las

dinámicas de relacionamiento entre diferentes unidades políticas en el pasado a través de la utilización de iconografías compartidas.

Aunque los ejemplos utilizados provienen del Nilo y sus espacios aledaños, la metodología desarrollada aquí posiblemente también encuentre utilidad para estudiar la circulación y apropiación de motivos iconográficos por parte de distintos grupos humanos en otros períodos de la historia.

2 Quimeras en el IV milenio a.C.

En su *Manual de Zoología Fantástica*, Borges da una definición de quimera en la que nombra, naturalmente, al monstruo que Hesíodo describe en su Teogonía; pero luego amplía la descripción añadiendo que "tal bestia era demasiado heterogénea; el león, la cabra y la serpiente (en algunos textos, el dragón) se resistían a formar un solo animal. Con el tiempo, la Quimera tiende a ser 'lo quimérico' (...) La incoherente forma desaparece y la palabra queda, para significar lo imposible. Idea falsa, vana imaginación, es la definición de quimera que ahora da el diccionario (Borges 1957: 83).

Introduce a la vez una dimensión histórica para el personaje mitológico y una dimensión imaginaria para el concepto que está detrás. Y son precisamente estas características las que hacen que podamos llamar quimeras a las imágenes que aparecieron en Egipto y Mesopotamia durante el IV milenio a.C.

¿Qué constituye entonces una imagen de animal híbrido? El primer criterio tiene que ver con identificar la confección de un cuerpo imaginario a partir de combinaciones de partes de distintos animales (humanos y no-humanos). Se asume que esta combinación es deliberada e intencionada, y que está hecha para ser experimentada y para producir en el espectador sensaciones distintas que aquellas imágenes que no combinan especies animales. Esta definición excluye las duplicaciones de una misma especie, como por ejemplo los bóvidos y leones dobles (Teissier 1987: 31; Smolik 2022).

Entre las imágenes que llegaron a Egipto en este período, el ejemplo paradigmático lo constituyen los llamados serpopardos (Altenmüller 1977; Campagno 2001b; Kuhn 2011). También hay otros ejemplos locales menos conocidos, pero igual de elocuentes, como el de una paleta cosmética en la forma de un pez tilapia con cabeza de toro (Fig. 1, Hendrickx et al. 2016: fig. 8), o un petroglifo del Desierto Occidental egipcio que muestra dos felinos (probablemente leones) con cabezas de pez siluro (Fig. 2, Hendrickx

et al. 2012: 304, 323). Estos ejemplos muestran que el presupuesto de una transferencia directa de este tipo de imágenes desde Mesopotamia a Egipto (Fischer 1987) no siempre es preciso. En total se conocen más de treinta ejemplos de quimeras o animales híbridos egipcios del IV milenio a.C. (Pizzato 2019: 29 ofrece un catálogo parcial, que amplió en mi tesis de maestría inédita).

Lo que me interesa destacar aquí es que las quimeras predinásticas son mucho más que los animales de que se componen. Además de combinaciones de partes animales en un cuerpo novedoso, poseen un componente “mental”, algo que está por fuera de la imagen en sí. Este es el sentido de la palabra “quimera” según Severi: “la asociación, en una sola imagen, de rasgos heterogéneos provenientes de organismos diversos” (Severi 2004: 63. Esta y las traducciones siguientes son mías). Dichos rasgos no son apenas anatómicos, sino que implican las representaciones mentales que se ponen en juego en la sociedad que las creó.

La quimera es un misterio para aquellos que no participan del universo cultural que las creó. Esto se debe a la otra característica de la quimera, más allá de su llamativa morfología:

Es sobre la base de esta convencionalización (...) que ella pone en marcha una proyección que es realizada por los ojos y que, de esta manera, hace activamente surgir su imagen completándola. Aquí tenemos que observar dos puntos: no solamente la imagen se divide en dos partes, una material y la otra mental, sino que el espacio en que la imagen se completa es enteramente mental (...) Cualquier otra indicación es el fruto de un acto de la mirada que es hecho al mismo tiempo de proyección y de asociación (Severi 2004: 70). Es posible pensar a este “espacio mental” que nombra Severi como similar al *Denkraum* warburgiano (1920), la distancia cultural que hace que ciertas cosas sean difíciles de entender para nosotros, pero más o menos obvias para los contemporáneos de las imágenes quiméricas. Lo importante de la idea de quimera en su formulación severiana-warburgiana es que tanto su confección como el hecho de ser experimentadas (encontradas), son procesos creativos. Me gustaría volver sobre esta particularidad de la imagen híbrida más adelante.

La discusión que gobernó los estudios acerca de los animales fantásticos de la iconografía predinástica desde un comienzo fue aquella acerca de su origen, que muchos ubican en Mesopotamia (Emery 1961: 39; Teissier 1987; Wilkinson 2001: 26; Ataç 2015: 424). Por el contrario, autores como Whitney Davis (1985) y otros (Cf. Adams y Cialowicz 1997; Campagno 2001a; 2001b;

2010) prefieren poner la mirada en los usos y significados locales de las imágenes.

Campagno (2001b: 49) llama la atención sobre un hecho que difícilmente sea casual: la coincidencia entre la emergencia de un tipo de liderazgo distinto de aquel que caracteriza las sociedades organizadas por el parentesco, y la proliferación de imágenes de animales fantásticos en el registro iconográfico del valle del Nilo. Discutiendo acerca de las escenas de la Tumba 100 de Hierakonpolis, afirma que los motivos allí figurados “no habrían implicado la adaptación nativa de un motivo completamente extranjero bajo convenciones estilísticas del Nilo, sino que expresarían sobre todo la continuidad artística de una escena antigua determinada por cierta conciencia expandida a lo largo de un amplio espacio ‘afroasiático’” (Campagno 2010: 124). Esta idea de un substrato ideológico pan-africano, o incluso afro-asiático, la toma de Cervelló Autuori (1996), quien reconoce en los motivos repetidos a lo largo de grandes áreas del continente las señales inequívocas de una cultura compartida.

Un tercer grupo de investigadores es el que se interesa, no por el origen ni por los usos de las imágenes, sino por los mecanismos de su transmisión. Este último era el interés primario de Mijaíl Rostovtzeff (1922), y aunque su corriente fue continuada en algunos estudios comparativos (Nilsson 1927: 329; Chittenden 1947) fue perdiendo el interés de la academia a medida que avanzaba el s. XX. Sólo recientemente, en el marco de la difusión de los estudios acerca de la cognición humana y sus aplicaciones para la historia, se reeditó esta discusión. Es precisamente la teoría de la transmisión de imágenes quiméricas propuesta por David Wengrow (2020) la que me interesa discutir en esta oportunidad.

3 Quimeras y ciudades

Dado que en otra oportunidad (Maydana 2020) he criticado extensamente el argumento central del libro de Wengrow *The Origins of Monsters. Image and Cognition in the First Age of Mechanical Reproduction* (2014, reed. 2020), me limitaré aquí a señalar su explicación con respecto a la “transmisión” de imágenes de animales fantásticos desde Mesopotamia hasta Egipto y de allí a todo el Mediterráneo y regiones más lejanas (Wengrow 2020: 110). Me interesa particularmente este aspecto de su teoría ya que es un perfecto ejemplo de cómo el punto de partida teórico puede definir las conclusiones de antemano. En cuanto a sus presupuestos teóricos, estos

son extraídos de disciplinas como las neurociencias y en particular la idea cognitivista de epidemiología de la cultura (Sperber 1985).

La llamada epidemiología de la cultura parte del supuesto que la cognición humana está gobernada por un patrón modular de cognición (Wengrow 2020: 21). El cerebro humano procesa la imagen reconociendo patrones, y ve en los animales híbridos recombinaciones de módulos ya conocidos, no a través de la experiencia cotidiana sino de un conocimiento innato. Un grifo, por ejemplo, es un reensamblaje de rasgos intuitivos (cabeza de ave, cuerpo de león) en un cuerpo (mínimamente) contraintuitivo. Continúa Wengrow: “En tanto imágenes mínimamente contraintuitivas, estas constituyen robustos soportes para ideas acerca de lo sobrenatural, que son capaces de cruzar barreras culturales y actúan como vehículos de una multiplicidad de discursos rituales, teológicos y mitológicos” (Wengrow 2020: 24). Este es el hecho que haría que los monstruos sean especialmente propensos a ser transmitidos, tal como un virus que se replica a sí mismo.

El énfasis en la transmisibilidad obliga a diferenciar estos híbridos “transmisibles” de otros, por ejemplo, los animales fantásticos conocidos en el arte paleolítico europeo (Wengrow 2020: 33-37). A pesar de la existencia documentada de este tipo de imágenes en las cuevas de la Dordoña y en Lascaux, recién en Mesopotamia y Egipto durante el IV milenio a.C. es que los seres híbridos florecieron y se expandieron rápidamente.

Según Wengrow, para la ciencia cognitiva la mínima contra-intuición debería explicar el éxito en la transmisión de las quimeras, pero a lo largo de la historia humana ese no parece ser siempre el caso, y Wengrow observa que la expansión ocurre solamente en contextos muy específicos, o “ecologías culturales” como él elige llamarlos. Al evaluar los momentos históricos en que se desarrollaron los híbridos, encuentra que también son los períodos en que aparecen las ciudades. Por ello vincula la transmisión de estas imágenes con el desarrollo urbano. Esto supone una gran originalidad con respecto a otros representantes del cognitivismo (Cf. Sperber 1985; Tooby y Cosmides 1992), para quienes el cerebro humano y sus creaciones son virtualmente las mismas desde que el órgano evolucionó a su morfología actual, hace cientos de miles de años. Wengrow, en cambio, propone un origen histórico para las quimeras (2020: 69). Él ubica este nacimiento en las ciudades del Cercano Oriente Antiguo. Dos características de la ciudad mesopotámica le sirven a Wengrow para afirmar que los núcleos urbanos son el ámbito privilegiado de la transmisión de las imágenes monstruosas: la estandarización de la cultura material y la creación de nuevas tecnologías basadas en el principio modular (Wengrow 2020: 70). Por lo tanto, él entiende que la irradiación se da desde

el Cercano Oriente Antiguo hacia otras zonas donde también hay similares ecologías culturales, empezando por Egipto para más adelante pasar a Irán y Grecia, y eventualmente al Lejano Oriente. Es decir, lugares donde existen las ciudades.

Pero, ¿qué es una ciudad para Wengrow?

”Lo que las distingue es su identidad cívica. Incluso en ausencia de evidencia escrita, ésta es claramente detectable en la disposición coordinada de ambientes construidos de acuerdo a un patrón o esquema unificado, que puede o no estar organizado alrededor de un centro elevado” (Wengrow 2018: 26).

Por eso, para él Çatalhöyük no sería una ciudad (tal como los animales fantásticos prehistóricos no serían monstruos), porque no muestra una planificación central, sino que era apenas “una aglomeración de unidades residenciales, unidas la una a la otra como las células en un organismo” (Wengrow 2018: 26). La metáfora biológica es reveladora de su marco teórico, pero es totalmente impropio a la hora de analizar procesos sociales. Por otro lado, esa definición dejaría completamente afuera a varias situaciones históricas en las cuales hay circulación de quimeras. Las ciudades egipcias, sin ir más lejos, tampoco serían tales.

Aquí usaré la caracterización del arqueólogo australiano Vere Gordon Childe (1981[1950]), que propone una lista de diez criterios descriptivos de lo que él llama la “revolución urbana”. Childe vincula el urbanismo con la aparición del Estado, ya que observa en las situaciones urbanas aquellas marcas de una organización social distinta de la del parentesco. Estos criterios no son excluyentes, y tienen la virtud de combinar indicadores cuantitativos y cualitativos, ambos importantes a la hora de reconocer una organización espacial de tipo urbano. Está claro que una ciudad no es solamente una aldea grande, sino que se constituye en algo cualitativamente nuevo. Campagno sintetiza los diez indicadores de la siguiente manera:

”1) La aparición de las primeras ciudades, diferenciables de los poblados previos por extensión y densidad; 2) la división del trabajo, con la aparición de especialistas a tiempo completo; 3) la concentración del excedente de producción como tributo impuesto a los productores; 4) la construcción de edificaciones públicas monumentales; 5) la división de la sociedad en clases, con una “clase gobernante” receptora de la mayor parte del excedente; 6) la aparición de la escritura como sistema de registro; 7) la elaboración de ciencias exactas y predictivas, tales como la aritmética, la geometría o la astronomía; 8) la elaboración y expansión de nuevos y más homogéneos estilos artísticos; 9) la importación por vía comercial de materias primas no

accesibles localmente y 10) una organización estatal que se basa más en la residencia que en el parentesco” (Campagno 2007: 9).

Según la definición de Wengrow, las ciudades requerirían cierta planificación centralizada de la urbanización, algo que está completamente ausente de la lista de Childe: el criterio 4 se refiere a la construcción centralizada de algunos edificios públicos, no a la planificación urbana; y el criterio 10 no implica necesariamente que el Estado produzca ciudades. En efecto, Pauketat (2000) demuestra que la acción humana no coordinada puede dar lugar a estructuras sumamente complejas, como las que él observa en Nuevo México y algunas situaciones del Pacífico, mientras que hay casos de Estados formados en ausencia de ciudades (Christie 1991; aunque no es la generalidad, ver Campagno y Aramburu 2014).

En Egipto, el ejemplo del sitio de Hierakonpolis permite ver cómo se desarrolla una ciudad gracias a la agregación de contingentes de población en un corto período (Hoffman et al. 1986). Probablemente la aparición allí de un núcleo de poder importante hacia el final del IV milenio a.C. sea consecuencia misma de la aparición de la ciudad, y no ésta consecuencia de aquél.

Tanto en Egipto como en Mesopotamia había en el IV milenio a.C. ciudades formadas o en vías de formación (Patch 1991; Campagno 2007; Moeller 2016), y en ambas áreas circulaban imágenes de quimeras. Cronológicamente, es cierto, los serpopardos y los grifos aparecen antes en la región súmer-elamita (Teissier 1987; Campagno 2001a: 50; Watanabe 2002: 39), por lo que sería lógico suponer algún tipo de influencia sobre las culturas que rodeaban al área. Lo que no está claro es que la circulación¹ de estas imágenes se haya dado por las razones formales que aduce Wengrow, ni que la ciudad haya sido instrumental en la difusión de las quimeras.

La tesis de Wengrow parece haber recibido bastante eco entre neurocientíficos (Morin 2016; Scott-Phillips et al. 2018; Buskell 2019; Winkelman 2019), aunque poco en el ámbito de las imágenes antiguas (Lau 2018; Speck y Zartner 2020). Esto muestra para mí una tendencia circular de autocongratulación: Un historiador adopta teorías neurocientíficas para explicar situaciones históricas, y los neurocientíficos ven de esa manera confirmada su convicción de que sus teorías tienen aplicaciones prácticas para otras disciplinas.

¹Evito en mi discurso la palabra “transmisión”, propia del enfoque epidemiológico y, creo yo, poco apropiada para situaciones históricas en que grupos humanos adoptan y figuran imágenes de forma creativa e imaginativa, algunas de cuales imágenes pueden provenir de otras zonas geográficas y de otros grupos humanos.

Dos investigadores adoptaron el enfoque cognitivo para el estudio de las quimeras predinásticas. En su tesis de maestría, Vibeke Berens (2015: 14) se apoya completamente en los postulados de Wengrow, que reproduce casi punto por punto a la hora de construir su propio discurso. Al respecto, ella resume con precisión el argumento cuando dice que “Wengrow llama la atención sobre el hecho de que los animales compuestos no alcanzan popularidad durante los milenios que preceden a la urbanización en las civilizaciones antiguas. En cambio, emergen junto con los asentamientos urbanos y las incipientes clases de élites sociales” (Berens 2015: 16). Lo notable de esta definición es que, despojada de toda la fraseología cognitivista, el esqueleto básico de su propuesta es una clara falacia *cum hoc ergo propter hoc*. Esto es, la deducción de que dos eventos están conectados causalmente sólo porque se produjeron conjuntamente o al mismo tiempo, cuando en realidad podría haber muchas más explicaciones para ambos.

Por otro lado, Emanuele Prezioso adopta el enfoque cognitivo, pero lo vincula con propuestas cercanas al Giro Material en arqueología, también llamado de los “nuevos materialismos” o “arqueología simétrica” (González-Ruibal 2007; Ingold 2007; Coole y Frost 2010; Hodder 2012; Acuto y Franco Salvi 2015), a pesar de que en muchos aspectos estos dos marcos teóricos actualmente populares parecen ser incompatibles. Él comienza señalando el aumento de contactos entre el Cercano Oriente Antiguo y las zonas circundantes durante el IV milenio a.C., para luego mencionar que “los objetos portadores de ciertos temas iconográficos irradiaron como una epidemia, quizás por medio de comerciantes o portadores itinerantes, mientras sustentaban y orientaban nuevas posibilidades de pensar y hacer” (Prezioso 2020: 127). Aquí se ve cómo combina el enfoque epidemiológico con ideas muy superficiales acerca de la agencia de los objetos materiales. Para él, son éstos los que se trasladan, quizás valiéndose de humanos como mercaderes o portadores. En su esquema, fueron los objetos y las imágenes quiméricas, provenientes de Mesopotamia, las que permitieron la emergencia de élites egipcias en el IV milenio a.C. (Prezioso 2020: 126).

Los objetos que están en el mundo influyen y guían la acción humana. A través del estilo, éstos se relacionan e imponen su presencia a los humanos, mediando y creando posibilidades de acción y pensamiento (...) los cambios se producen a través de un proceso continuo de transformación mediado por objetos, como lo son los diversos motivos, que tienen un estilo determinado (Prezioso 2020: 131).

Esto es lo que él llama un “enfoque no-representacional a los mundos materiales” (Prezioso 2020: 129), es decir, un abordaje que no toma en

cuenta ni la capacidad creativa y experimental del ser humano ni las imágenes representadas (sólo su estilo y su capacidad de transmitirse importan, ya que ello es lo que apelaría directamente al aparato cognitivo de la mente). Los objetos conteniendo imágenes de quimeras se imponen a los seres humanos y, como un *deus ex machina*, determinan algunos de los cambios más importantes de la historia de la humanidad, como es la aparición de estas élites en el valle del Nilo predinástico.

Sin embargo, a diferencia del cognitivismo (también denominado Giro Cognitivo), considero que el Giro Material sí ofrece cierta utilidad para el estudio de la historia. Mientras que el cognitivismo ofrece un panorama poblado de individuos aislados y genéricos relacionados entre sí por esa superestructura que llamamos “sociedad”, los nuevos materialismos proponen pensar a la gente en el paisaje y en relación con su mundo y las cosas que en él existen, pero nunca subsumidos a estas últimas. En este sentido, creo que Prezioso va demasiado lejos en la rehabilitación de la materialidad, llegando a afirmar en sus conclusiones que “las élites se convirtieron en los objetos que ellas exhibían” (Prezioso 2020: 138), a pesar de que él mismo reconoce que los artefactos que analizó provenían de contextos funerarios, de modo que la idea de “exhibición” no aplicaría. Más adelante me gustaría discutir otra opción para dar cuenta de la creación de élites, no una creación a cuenta de un demiurgo material proveniente de Mesopotamia sino un desarrollo histórico y relacional. Pero antes de hablar de este desarrollo, me gustaría discutir directamente la idea de que las ciudades y las quimeras están unidas causalmente.

En efecto, hemos visto que las quimeras aparecen en la iconografía del territorio egipcio hacia el IV milenio a.C., y hemos visto también que el mismo marco cronológico es el que atestigua los comienzos de la urbanización en el valle del Nilo. Para comprobar que existe una relación causal directa entre estos dos eventos existen dos caminos: o bien demostrarlo a partir de las fuentes, algo sumamente complicado debido a la escasez de evidencia; o probarlo por la negativa, mostrando que las quimeras no circularon ni se desarrollaron allí donde no había ciudades, y en aquellas situaciones en las cuales se constituyeron ciudades, que las quimeras aparecieron con posterioridad a ellas. En los párrafos que sigue me gustaría traer algunos contraejemplos, entonces, que tienden a menoscabar la tesis de la transmisión a partir de las ciudades mesopotámicas.

En 1933, una expedición que incluía a Hans Rhotert y Leo Frobenius descubrió una serie de pinturas rupestres en el macizo montañoso de Gilf Kebir tan numerosas y espectaculares que desde ese momento la zona fue

conocida como Wadi Sura (“valle de imágenes”, en árabe). A principios de este siglo, un proyecto de la Universidad de Colonia (Förster et al. 2012) trabajó incansablemente en Wadi Sura, especialmente en la llamada “Cueva de las Bestias” descubierta en 2002 (Zboray 2012: 228), donde se documentan criaturas monstruosas y aparentemente sin cabeza (Le Quellec et al. 2005: xix-xx; Förster et al. 2012: 198), que Miroslav Bárta recientemente propuso que podría tratarse de mandriles (Bárta 2020). Pérez Largacha (2015: 106) propone que las imágenes monstruosas expresan los miedos e incógnitas de la gente que las creó. Esto sería difícil de comprobar. O mejor dicho, uno podría preguntarse qué expresiones artísticas no traslucen las preocupaciones del artista. En todo caso, el arte rupestre de Wadi Sura (Fig. 3) representa un caso de quimeras de desarrollo local o sahariense, independiente de situaciones urbanas y de intercambio con el Cercano Oriente Antiguo. Incluso, Förster y Kuper llegan a proponer que los motivos pintados en estas cuevas son en efecto los predecesores de algunos motivos de la iconografía egipcia dinástica (Förster y Kuper 2013: 25-26).

Al sudoeste de la meseta de Gilf Kebir, ya en el actual territorio de Libia, se encuentra un monte llamado Jebel Uweinat (Zboray 2012; 2018a). A pesar de la cercanía con Wadi Sura, no se observan híbridos animales (Le Quellec 2009), lo cual tiende a señalar la excepcionalidad de las pinturas de la Cueva de las Bestias (Zboray 2013: 18). En cambio, en los últimos años los mismos investigadores han tendido a afirmar la existencia de figuras antropomórficas con cabeza elongada y aparente pico de ave (Zboray 2018b: 354).

En el Sahara, no se conocen “ciudades” para el IV milenio a.C., y sin embargo hay ejemplos de quimeras. Algunas de estas, como señala por ejemplo Paradisi (1963), guardan un gran parecido con ejemplos egipcios como la Paleta de la Caza y el mural de la Tumba 100. Svoboda (2009) muestra que en el Sahara interno (Ennedi, Fezzan y algunos sitios de Niger) hay arte rupestre del Holoceno temprano mostrando híbridos de humanos y animales, en un estilo denominado “large fauna” y que aparece también en el Gilf Kebir (Svoboda 2009: 159-160).

Como señala Le Quellec (2018: 4), hay híbridos de humano y animal por toda el África subsahariana, desde Botswana y Namibia hasta Etiopía, y por supuesto en el valle del Nilo. También es llamativa la existencia de antropomorfos con cabeza animal en diferentes lugares de Libia y de la meseta de Messak, en el Sahara central (Judd 2009: 148-149). Esta forma de representación será la norma para las imágenes de divinidades egipcias de época faraónica.

Por último, me interesa destacar que existen quimeras en otras regiones del mundo donde no hay ni ciudades ni contacto con otros pueblos que hayan creado quimeras, como en el Oeste de los Estados Unidos (Whitley 2000), el Sur de África (Lewis-Williams 1977; Solomon 2018), o Escandinavia (Fahlander 2007; 2019).

Si Wengrow ignora todo esto es por la misma razón que en una reseña crítica de 2003 argumenta en contra de “un origen africano independiente de tan importantes innovaciones como el cultivo de plantas o la domesticación animal” (Wengrow 2003: 597). Por el contrario, Wengrow pone mucha más atención a la importación de estas tecnologías desde el Cercano Oriente Antiguo, o lo que es lo mismo, la vieja hipótesis difusionista². Sin embargo, la teoría de un origen local de las culturas del valle del Nilo y de todo el norte de África es hoy la que goza de mayor consenso (Cervelló Autuori 1996; Kuper y Kröpelin 2006; Riemer 2007; Förster et al. 2012; Bárta 2014). Por último, la transmisión de imágenes en este período no fue de ninguna manera unidireccional, sino que se dio en distintos períodos en ambos (y otros también) sentidos (Jaruf y Maydana 2017: 16-17).

Con respecto a los ejemplos que referí más arriba, Wengrow diría que no impugnan su argumento, ya que lo que a él le interesa es la transmisión y no la creación y existencia de quimeras. Fuera de esta ecología cultural, en el esquema del autor, las quimeras están destinadas a fracasar (Wengrow 2020: 70). A continuación me concentraré en los medios posibles de circulación de las quimeras egipcias, para demostrar que esta no se da exclusivamente en las ciudades.

Los intercambios de motivos iconográficos entre Egipto, Mesopotamia y Siria-Palestina no son un descubrimiento nuevo (Kantor 1952; Amiet 1957; Boehmer 1974; Teissier 1987; Campagno 2001a). De estos, el trabajo más completo es el de Beatrice Teissier, y precisamente una de sus virtudes es que describe una serie de motivos, no sólo quimeras, que son “exportados” desde Susa, Mesopotamia, o de Siria-Palestina. Estos son la bestia espejada (*Tête-Bêche*, Teissier 1987: 28), el grifo, el motivo de animales sobre serpientes (Teissier 1987: 33), las serpientes entrelazadas con rosetas, el león atacando a un cuadrúpedo, el ave posada sobre otro animal y la escena de amamantamiento. Como se ve, varios de estos motivos son bastante simples y es difícil pensar en alguna razón por la que hubieran sido “mentalmente

²Para la reformulación moderna de los esquemas difusionistas, ver McHugh 1990. Aunque no me centro en esto, hago una crítica de su trabajo en Maydana 2021. Finalmente, Pérez Largacha (2015: 90) hace un recorrido por las principales hipótesis y sus respectivos inconvenientes.

seleccionados” para ser “transmitidos”. Por el contrario, su adopción en las distintas zonas geográficas que la autora menciona parece ser de tipo contingente. Boehmer (1974: 36) había señalado que lo que se exportó había sido directamente los artistas, pero Teissier (1987: 49) apunta a una selección que tiene fines políticos por parte de la élite egipcia, que probablemente accedió a estos motivos a través de los cilindros sellos que los comerciantes traían consigo. También señala la autora que a pesar de que la ruta por la que circularon estos motivos iconográficos parecía ser única (ella sostiene la hipótesis de una circulación por tierra a través del Sinaí, antes que por barco desde el Mar Rojo y a través del Wadi Hammammat), “su efecto en cada una de estas regiones fue independiente” (Teissier 1987: 49). Es decir que no puede aducirse una única causa de adopción y de mimesis por parte de cada sociedad receptora.

El caso egipcio es bastante elocuente. En la región del valle del Nilo ya existían algunas quimeras incluso antes que en las ciudades del Cercano Oriente Antiguo. Varios ejemplos de quimeras, notablemente algunas paletas cosméticas (British Museum EA29416 y EA58336; Museo de Arqueología de Lisboa E.12, De Araújo 1993: 91) están datados en Nagada I (ca. 3900-3600 a.C.), es decir, que serían contemporáneos de la fase Uruk en Mesopotamia pero anteriores a las primeras urbanizaciones egipcias.

En cuanto a los ejemplos conocidos de quimeras se puede señalar lo siguiente: si bien una gran cantidad tiene origen desconocido ya que se trató de adquisiciones por diversos medios, de otros sabemos exactamente dónde estaban emplazados porque son ejemplos de arte rupestre, hallados fuera de los perímetros de cualquier ciudad. La sorpresa es que de los restantes, la mayoría proviene de contextos votivos, no de tumbas (ver Mapa 1). Una minoría de imágenes de animales híbridos fueron hallados en contextos funerarios, lo cual apunta a que no se trataría de un ámbito privilegiado para ellos, teniendo en cuenta la absoluta sobrerrepresentación de lo funerario en el registro arqueológico egipcio. El mismo Wengrow señala los paralelismos entre la urbanización y la arquitectura funeraria (Wengrow 2006: 72-98), y en este caso parece ser que los monstruos no están tan asociados al urbanismo como se podría pensar. Es lógico: los monstruos pertenecen no al centro sino a la periferia: implícita en la mayoría de los relatos de monstruos locales está la idea de que la región que habita el narrador es “normal”, y la experiencia cotidiana enseña que los monstruos son apenas un pequeño porcentaje de la población total, mientras que en los confines del mundo, oímos de pocas cosas que no sean monstruos” (Van Duizer 2012: 431).

Yasmine Musharbash, investigadora que hizo mucho por asociar los *monster studies* a la antropología, también señala que “siempre, los monstruos más terribles se ubican en mayor número en los confines del mundo” (Musharbash 2015: 4), tal y como aparecen en los mapas del Renacimiento.

Entonces, las quimeras parecen haber circulado ampliamente por ámbitos no urbanos. Algunos ámbitos mencionados aquí son el desierto del Sahara, los macizos montañosos de Egipto y Libia, los desiertos Oriental y Occidental de Egipto y también en ceremonias religiosas antes de terminar en los depósitos de fundación de templos. Pero lo opuesto también es verdad, ya que los templos se ubicaban dentro de los tejidos urbanos y posiblemente fungieran como factores de atracción de población. A pesar de ello, ninguna de las evidencias analizadas en este apartado permiten admitir una relación causal entre quimeras y urbanización.

Como advierten Alberti y Laguens (2019), la noción occidental de cuerpo que proponen los cognitivistas presupone una noción específica de paisaje, igualmente occidental. Las ciudades también están enmarcadas, en general por murallas, y son en esta concepción unidades coherentes, autocreadas y completas. Así, de una divinidad compuesta egipcia que luego adquirió popularidad en el resto del mundo mediterráneo, dice Wengrow que “ella saltó de las orillas del Nilo a las ciudades marítimas de la costa levantina (...) y de allí a Creta” (Wengrow 2011: 137). Pero las imágenes no “saltan” por sí mismas de ciudad en ciudad. Son transportadas por personas a través sobre todo de mundos no-urbanos (esos “espacios vacíos” ignorados por buena parte de los académicos, véase Berenguer y Pimentel 2017), y por razones subjetivas además de sociopolíticas.

Además, ignora por completo que la construcción de las relaciones sociales que efectivamente crean lo que llamamos ciudad, es de carácter relacional (e.g. Haber 2010). El estudio de las relaciones entre la ciudad y el afuera, una red tan integrada que es difícil incluso pensar en términos de adentro y afuera, es imprescindible para entender las dinámicas propias de los entornos urbanos (Laguens y Alberti 2019: 61).

4 Transmisión o Circulación

A seis kilómetros al norte de la moderna ciudad de Asuán, pero en la margen occidental del Nilo, se encuentra la localidad de Nag el-Hamdulab. Allí, en una zona rocosa del desierto, Maria Carmela Gatto y Per Storemyr

re-descubrieron un importante conjunto de inscripciones y petroglifos que ya habían sido reportados tempranamente en 1890 (Fig. 4, Hendrickx y Gatto 2009; Hendrickx et al. 2009).

La importancia de las figuraciones halladas en Nag el-Hamdulab fue inmediatamente reconocida por Stan Hendrickx, para quien esta escena se trata de la primera expresión de iconografía real egipcia (Hendrickx et al. 2012). En efecto, la imagen del “rey” en sí se encuentra en el centro de un complejo campo iconográfico lleno de todos los atributos de la temprana monarquía y algunos de los reyes o jefes de la época. Es por ello que se considera una escena de transición (Hendrickx y Gatto 2009: 149; Hendrickx et al. 2012: 1073) tanto en términos iconográficos como sociopolíticos. Muy cerca del panel principal donde está el rey, se encuentran unas imágenes grabadas en la piedra de híbridos entre leones y peces siluros (Fig. 2) Esto lleva a pensar que quienes crearon esta instalación de arte rupestre tenían la expresa voluntad de unir los significados de las quimeras con los de la realeza.

Otros investigadores habían llegado a similares conclusiones. Erik Hornung, por ejemplo, formuló un principio que llama “antropomorfización del poder” (Hornung 1982: 105), que él asocia a un cambio en la correlación de fuerzas hacia el momento en que aparece el Estado en Egipto:

”Parece seguro, por lo menos, que los hombres de este período (ca. 3000 a.C.) se creían indefensos sin un disfraz animal. Los animales todavía eran vistos como los seres más poderosos y eficaces, muy superiores al ser humano en todas sus capacidades. Este problema explica por qué en el Predinástico Tardío [segunda mitad del IV milenio a.C.] todos los poderes que determinaban la marcha de los eventos eran concebidos en forma animal. Al comienzo del período histórico, esta visión acerca de la posición del ser humano y de la superioridad del animal cambió radicalmente” (Hornung 1982: 105).

A este respecto, me parece útil subrayar que el ambiente en que se desarrolla este “cambio radical” no tiene que ver ni con la domesticación de animales ni con el desarrollo de la agricultura y de las ciudades, sino que se da sobre todo en el desierto y otros espacios extraurbanos. En este sentido es que el énfasis puesto por una mayoría de investigadores en los nodos de habitación humana y especialmente en las ciudades, empaña nuestro conocimiento del período. En los últimos años se viene desarrollando en la arqueología americana un campo de estudios que se hace llamar “arqueología internodal” (Nielsen 2011: 84; 2018; Berenguer y Pimentel 2017). En un principio se empezó a desarrollar este enfoque específicamente

para el estudio del tráfico de caravanas en los Andes circumpuneños. De este modo, se garantizaba el estudio profundo de aquellos “espacios vacíos”, considerados por mucho tiempo como extensas áreas irrelevantes, apenas un lugar de paso entre dos o más núcleos poblacionales. La arqueología internodal demuestra que es posible desarrollar una “renovada arqueología de la movilidad desarrollada en ‘espacios reales’” (Berenguer y Pimentel 2017: 4). De hecho, es en estos espacios en que el ser humano puede realmente aprovechar la diversidad de recursos a que el territorio ampliado permite acceder, muchos de los cuales son indispensables para la vida en los nodos.

El Heinrich-Barth Institut de la Universidad de Colonia ha venido trabajando en los últimos años (Riemer y Förster 2013) para construir un campo de estudios similar en el Norte de África. La arqueología de la movilidad en los desiertos egipcios es necesaria para poder independizarnos del sesgo dado por la sobrerrepresentación en el registro arqueológico de los núcleos urbanos y las necrópolis. En el caso de las quimeras egipcias, estas se han desarrollado al mismo tiempo que las ciudades, pero no necesariamente en su interior, y mucho menos a causa de la aparición de las últimas.

5 Conclusiones

Para entender la importancia histórica de las quimeras en el arte del IV milenio a.C. es preciso pensarlas no como moneda de cambio entre grupos humanos sino dentro de su especificidad y materialidad. Por ello, más allá de rastrear su genealogía o algún supuesto origen, es útil describir sus efectos sobre el paisaje y las comunidades locales.

Este tipo de imágenes tienen fines eminentemente políticos, y son a la vez expresiones de una forma de entender el mundo y a los seres que en él viven. No son apenas el resultado de procesos cognitivos evolutivos, sino ejemplos de la creatividad humana que se da en la interrelación de las distintas sociedades.

No he encontrado una relación causal entre la aparición de las ciudades y las quimeras. Vimos que estas pueden aparecer en contextos urbanos (especialmente en los templos), pero sobre todo no urbanos, lo cual contradice cualquier causalidad. Sin embargo, no se puede dejar de mencionar que el momento en que emerge lo urbano coincide con el de aparición de las quimeras en el registro iconográfico. Campagno relacionaba tanto a la ciudad como a las quimeras con el pasaje de una lógica de organización social basada en el parentesco a una en la cual un personaje

o grupo posee el monopolio de la violencia legítima. De lo visto en estos párrafos surge que lo estatal podría ser el vínculo entre lo urbano y lo quimérico. No se trata de una causalidad sino más bien de una correlación: quimeras y ciudades son producto de los mismos procesos, y estos procesos son los que desembocaron en la aparición de sociedades estatales en el área mediterránea antigua.

6 Anexo de imágenes

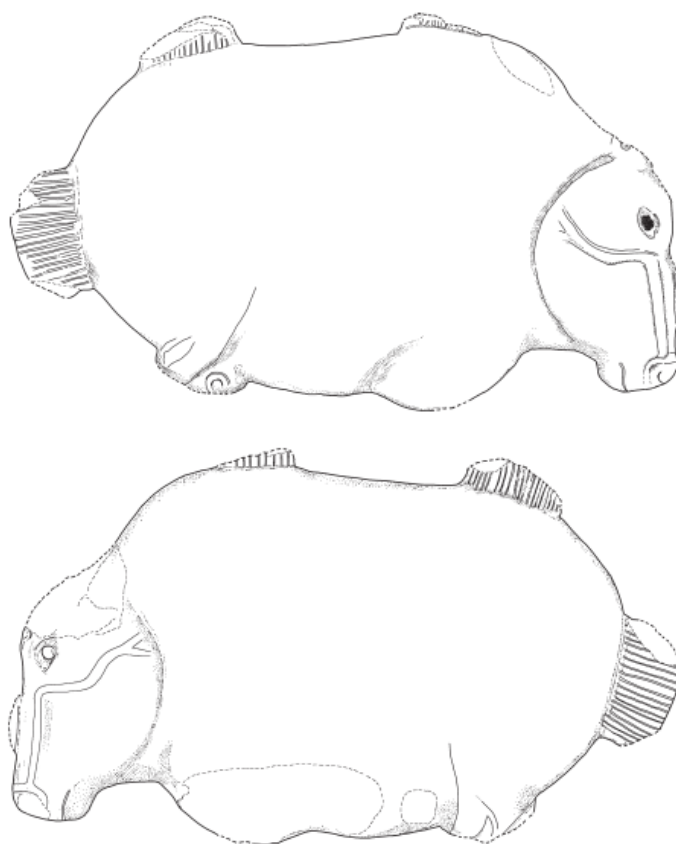


Figura 1: Paleta cosmética en la forma de un pez tilapia con cabeza de toro (Hendrickx et al. 2016: fig. 8).

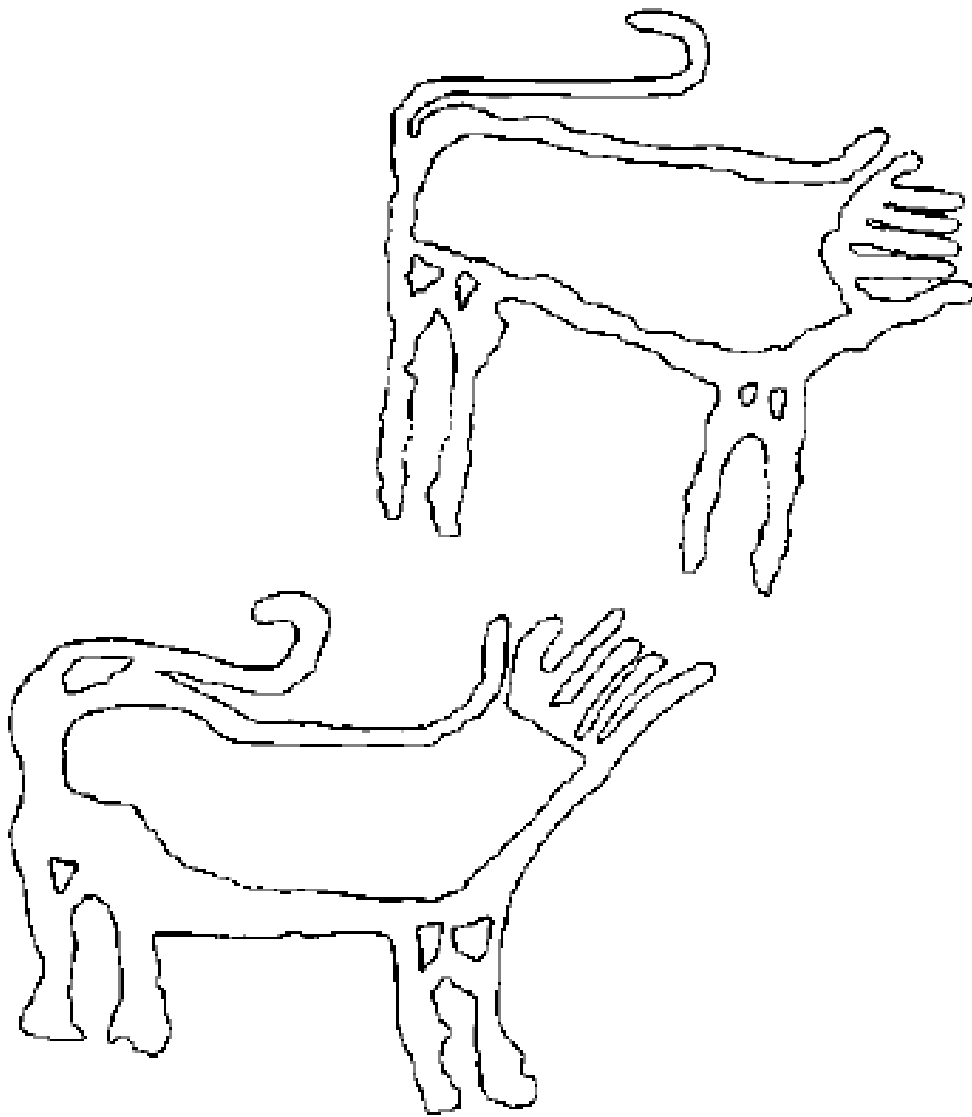


Figura 2: Petroglifos del Desierto Occidental de Egipto, mostrando leones con cabeza de pez siluro (Hendrickx et al. 2012: 323).



Figura 3: Figuras antropomorfas alrededor de una bestia sin cabeza, proveniente de la “Cueva de las Bestias” en el Gilf Kebir (Tomado de Svoboda 2009: 164, fig. 14. Fotografía de Svoboda).

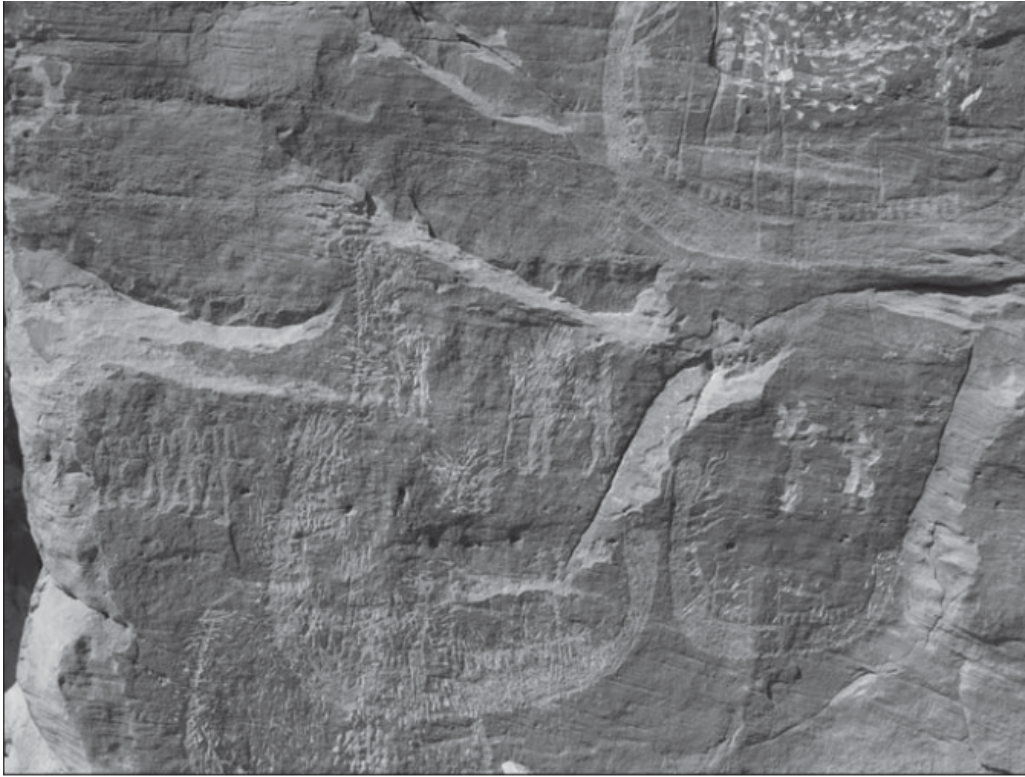


Figura 4: El conjunto de arte rupestre de Nag el-Hamdulab, fotografiado en 2009, presenta un notable deterioro con respecto a la fotografía que se conocía para ese sitio (Hendrickx y Gatto 2009: 150).



Figura 5: Sitios de procedencia conocida de las imágenes de animales híbridos en el IV milenio a.C., distinguiendo aquellos urbanizados y los contextos extra-urbanos. Confeccionado por Ezequiel Cismondi a partir de mis datos.

Bibliografía

ACUTO, Félix y FRANCO SALVI, Valeria (2015) “Introducción. Arqueología y mundo material”, en: Acuto, F. V. y Franco Salvi, V.

(eds.) *Personas, cosas, relaciones. Reflexiones arqueológicas sobre las materialidades pasadas y presentes*. Quito: Ediciones Abya Yala.

ADAMS, Barbara y CIALOWICZ, Krzysztof (1997) *Protodynastic Egypt*. Haverfordwest: Shire Egyptology.

ALBERTI, Benjamín y LAGUENS, Andrés (2019) “Towards a situated ontology of bodies and landscapes in the archaeology of the Southern Andes (First millennium AD Northwest Argentina)”, en: Lozada, M. C. y Tantaleán, H. (eds.) *Andean Ontologies: New Archaeological Perspectives*. Gainesville: Florida University Press.

ALTENMÜLLER, Hartwig (1977) “Fabeltiere”, en: *Lexikon der Ägyptologie*, Band II. Wiesbaden: Otto Harrasowitz.

AMIET, Pierre (1957) “Glyptique susienne archaïque”, *Revue d'Assyriologie et d'archéologie orientale* 51(3): 121-129.

ATAÇ, Mehmet-Ali (2015) “Egyptian connections with the larger world: Ancient Near East”, en: Hartwig, M. K. (ed.) *A Companion to Egyptian Art. Blackwell Companions to the Ancient World*. West Sussex: Wiley.

BÁRTA, Miroslav (2014) “Prehistoric mind in context: An essay on possible roots of ancient Egyptian civilisation”, en: Kristiansen, K.; Smejda, L. y Turek, J. (eds.) *Paradigm Found: Archaeological Theory – Present, Past and Future. Essays in Honour of Evzen Neustupny*. Oxford: Oxbow.

BÁRTA, Miroslav (2020) “Guards of the Caverns in Gilf Kebir: “Headless Beasts” or Baboons?”, en: Kamrin, J.; Bárta, M.; Ikram, S.; Lehner, M. y Megahed, M. (eds.) *Guardian of Ancient Egypt. Studies in Honor of Zahi Hawass*. Praga: Charles University.

BATAILLE, Georges (2003[1955]) *Lascaux o el nacimiento del arte*. Buenos Aires: Alción.

BERENGUER, José y PIMENTEL, Gonzalo (2017) “Introducción al estudio de los espacios internodales y su aporte a la historia, naturaleza y dinámica de las ocupaciones humanas en zonas áridas”, *Estudios Atacameños* 56: 3-11.

BERENS, Vibeke (2015) *Creating the Non-Existent. A materialistic approach to the development of composite animals from the Predynastic*

period until the Middle Kingdom. Tesis de maestría inédita. Leiden University.

BOEHMER, Rainer (1974) “Orientalische Einflüsse auf verzierten Messergriffen aus dem prädynastischen Ägypten”, *Archäologische Mitteilungen aus Iran* (NF) 7: 15–40.

BORGES, Jorge Luis (1957) *Manual de Zoología Fantástica*. En colaboración con Margarita Guerrero. México: Fondo de Cultura Económica.

BUSKELL, Andrew (2019) “Looking for middle ground in cultural attraction theory”, *Evolutionary Anthropology* 28(1): 1-4.

CAMPAGNO, Marcelo (2001a) “¿Asia o África? El motivo predinástico del ‘Señor de los Animales’ en el Antiguo Egipto”, *Estudios de Asia y África* 36 (3): 419-430.

CAMPAGNO, Marcelo (2001b) “Antropozoomorfos, serpopardos, grifos. El surgimiento del Estado (y de los seres imaginarios) en el Valle del Nilo”, *Trabajos y Comunicaciones* 26-27: 45-58.

CAMPAGNO, Marcelo (2007) *El origen de los primeros Estados. La “Revolución Urbana” en América Precolombina*. Buenos Aires: Eudeba.

CAMPAGNO, Marcelo (2010) “Encore une réflexion sur le motif prédynastique du Maître des Animaux”, *Cahiers Caribéens d’Égyptologie* 13-14: 115-132.

CAMPAGNO, Marcelo y ARAMBURU, Fernando (2014) “Egipto, Monte Albán, Tiwanaku. Condiciones e intersticios para el advenimiento de lo estatal”, en: Campagno, M. (ed.) *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

CERVELLÓ AUTUORI, Josep (1996) *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*. Sabadell: Aula Orientalis.

CHILDE, Vere Gordon (1981[1950]) “La revolución urbana”, en: Pérez, J. (ed.) *Presencia de Vere Gordon Childe*. México: INAH.

CHITTENDEN, Jacqueline (1947) "The Master of Animals", *Hesperia: The Journal of the American School of Classical Studies at Athens* 16(2): 89-114.

CHRISTIE, Jan (1991) "States without cities: Demographic trends in early Java", *Indonesia* 52: 23-40.

COOLE, Diana y FROST, Samantha (2010) *New Materialisms. Ontology, Agency, and Politics*. Durham y Londres: Duke University Press.

DAVIS, Whitney (1985) *The Canonical Tradition in Ancient Egyptian Art*. Tesis doctoral: Harvard University.

DE ARAÚJO, Luis (1993) *Antiguidades Egípcias*. Vol. I. Lisboa: Museu Nacional de Arqueologia-Sociedade Tipográfica.

EMERY, Walter (1961) *Archaic Egypt*. Harmondsworth: Penguin.

FAHLANDER, Frederik (2007) "Third space encounters: Hybridity, mimicry and interstitial practice", en: Cornell, P. y Fahlander, F. (eds.) *Encounters, Materialities, Confrontations. Archaeologies of Social Space and Interaction*. Newcastle: Cambridge Scholar Press.

FAHLANDER, Frederik (2019) "Fantastic beings and where to make them. Boats as object-beings in Bronze Age rock art", *Current Swedish Archaeology* 27: 191-212.

FISCHER, Henry (1987) "The Ancient Egyptian attitude towards the monstrous", en: Farkas, E.; Harper, P. y Harrison, E. (eds.) *Monsters and Demons in the Ancient and Medieval worlds. Papers Presented in Honour of Edith Porada*. Mainz en el Rin: Phillip von Zabern.

FÖRSTER, Frank y KUPER, Rudolph (2013) "Catching the Beasts – Myths and messages in rock art", en: Kuper, R. (ed.) *Wadi Sura – The Cave of Beasts. A rock art site in the Gilf Kebir (SW-Egypt)*. Colonia: Heinrich-Barth-Institut.

FÖRSTER, Frank, RIEMER, Heiko y KUPER, Rudolph (2012) "The 'Cave of Beasts' (Gilf Kebir, SW Egypt) and its Chronological and Cultural Affiliation: approaches and preliminary results of the Wadi Sura Project", en: Huyge, D.; Van Noten, F. y Swinne, D. (eds.) *Proceedings of the*

International Colloquium 'The signs of which times?' Chronological and Palaeoenvironmental Issues in the Rock Art of Northern Africa. Bruselas: Royal Academy for Overseas Sciences.

GELL, Alfred (1998) *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford: Clarendon Press.

GONZÁLEZ-RUIBAL, Alfredo (2007) “Arqueología Simétrica: Un giro teórico sin revolución paradigmática”, *Complutum* 18: 283-319.

HABER, Alejandro (2010) “Animismo, relacionalidad, vida: perspectivas post-occidentales”, en: Hemo, D. y Miotti, L. (coords.) *Biografías de paisajes y seres. Visiones desde la arqueología sudamericana*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.

HENDRICKX, Stan, DARNELL, John, GATTO, Maria Carmela y EYCKERMAN, Merel (2012) “Iconographic and palaeographic elements dating a late Dynasty 0 rock art site at Nag el-Hamdulab”, en: Huyge, D.; Van Noten, F. y Swinne, D. (eds.) *Proceedings of the International Colloquium 'The signs of which times?' Chronological and Palaeoenvironmental Issues in the Rock Art of Northern Africa*. Bruselas: Royal Academy for Overseas Sciences.

HENDRICKX, Stan y GATTO, Maria Carmela (2009) “A rediscovered Late Predynastic – Early Dynastic royal scene from Gharb Aswan (Upper Egypt)”, *Sahara* 20: 147-150.

HENDRICKX, Stan; SIMOENS, Paul y EYCKERMAN, Merel (2016) “‘The Facial Veins’ of the bull in Predynastic Egypt”, en: Adams, M. D. (ed.) *Egypt at its Origins 4. Proceedings of the Fourth International Conference ‘Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt’*. New York, 26th-30th July 2011. *Orientalia Lovaniensia Analecta* 205. Lovaina: Peeters.

HODDER, Ian (2012) *Entangled: An Archaeology of the Relationships between Humans and Things*. Chichester: Wiley-Blackwell.

HOFFMAN, Michael; HAMROUSH, Hany y ALLEN, Ralph (1986) “A model of urban development for the Hierakonpolis region from Predynastic

through Old Kingdom times”, *Journal of the American Research Center in Egypt* 23: 175-187.

HORNUNG, Erik (1982[1971]) *Conceptions of God in Ancient Egypt. The One and the Many*. New York: Cornell University Press.

INGOLD, Tim (2007) “Materials against materiality”, *Archaeological Dialogues* 14(1): 1-38.

JARUF, Pablo y MAYDANA, Sebastián (2017) “Orden y caos en el mundo salvaje. Comparando representaciones visuales sobre la relación entre humanos y animales en Egipto y el Levante meridional (V^o-IV^o milenio a.C.)”, en: Rodríguez, P. y Gayubas, A. (eds.) *Poder y Cultura en el Antiguo Egipto. Contribuciones a la reflexión histórica sobre el valle del Nilo y sus periferias*. Salta: ICSOH-CONICET.

JUDD, Anthony (2009) *Petroglyphs of the Eastern Desert of Egypt: Content, Comparisons, Dating and Significance*. Tesis doctoral: University of Liverpool.

KANTOR, Helen (1952) “Further Evidence for Early Mesopotamian Relations with Egypt”, *Journal of Near Eastern Studies* 11(4): 239–250.

KUPER, Rudolph y KRÖPELIN, Stefan (2006). “Climate-controlled Holocene occupation in the Sahara: motor of Africa’s evolution”, *Science* 313(5788): 803-807.

LAGUENS, Andrés y ALBERTI, Benjamín (2019) “Habitando espacios vacíos. Cuerpos, paisajes y ontologías en el poblamiento inicial del Centro de Argentina”, *Revista del Museo de Antropología* 12(2): 55-66.

LAU, Daniel (2018) “Bemerkung zu zwei Mischwesen in der spätutukzeitlichen Rollsiegelmotivik”, *Altorientalische Forschungen* 45(2): 182-192.

LE QUELLEC, Jean-Loïc (2018) “The rock art of Sub-Saharan Africa”, en: David, B. y McNiven, I. (eds.) *The Oxford Handbook of the Archaeology and Anthropology of Rock Art*. DOI: <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780190607357.013.25>.

LE QUELLEC, Jean-Loïc; DE FLERS, Pauline y DE FLERS, Philippe (2005) *Peintures et gravures d'avant les pharaons: du Sahara au Nil*. París: Soleb.

LEWIS-WILLIAMS, James (1977) *Believing and Seeing. An interpretation of symbolic meanings in Southern San rock art paintings*. Tesis doctoral: Universidad de Natal, Durban.

MAYDANA, Sebastián (2020) “Los sueños de la razón. Consideraciones sobre las imágenes de monstruos en el antiguo Egipto”, *Boletín de Estética* 52: 7-44.

MAYDANA, Sebastián (2022) “¿Arte? Egipto: Una introducción”, *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental* 23: 137-156.

MCHUGH, William (1990) “Implications of a decorated Predynastic terracotta model for Saharan Neolithic influence in the Nile Valley”, *Journal of Near Eastern Studies* 49: 265–280.

MOELLER, Nadine (2016) *The Archaeology of Urbanism in Ancient Egypt. From the Predynastic Period to the End of the Middle Kingdom*. Nueva York: Cambridge University Press.

MORIN, Oliver (ed.) (2016) *'The Origins of Monsters' Book Club. E-book*. S/L: International Cognition & Culture Institute. Disponible en línea en <http://cognitionandculture.net/webinars/the-origins-of-monsters-book-club/>.

MUSHARBASH, Yasmine (2014) “Introduction: Monsters, Anthropology, and Monster Studies”, en: Musharbash, Y. y Presterudstuen, G. (eds.) *Monster Anthropology in Australasia and Beyond*. Nueva York: Palgrave McMillan.

NIELSEN, Axel (2011) “El tráfico de caravanas entre Lípez y Atacama visto desde la Cordillera Occidental”, en: Núñez, L. y Nielsen, A. (eds.) *En Ruta: Arqueología, Historia y Etnografía del Tráfico Sur Andino*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.

NIELSEN, Axel (2018) “Agropastoral taskscapes and seasonal warfare in the Southern Andes during the Regional Developments Period

(Thirteenth-Fifteenth Centuries)”, en: Álvarez Larrain, A. y Greco, C. (eds.) *Political Landscapes of the Late Intermediate Period in the Southern Andes*. Cham: Springer. DOI: https://doi.org/10.1007/978-3-319-76729-1_10.

NILSSON, Martin (1927) *The Minoan-Mycenaean Religion and its Survival in Greek Religion*. Lund: C. W. K. Gleerup.

PARADISI, Umberto (1963) “La doppia protome di toro nell’arte rupestre sahariana nella tavolozza predinastica egiziana della caccia al leone”, *Aegyptus* 43(3-4): 269-277.

PATCH, Diana (1991) *The Origin and Early Development of Urbanism in Ancient Egypt*. Tesis doctoral inédita: University of Pennsylvania.

PAUKETAT, Timothy (2000) “The Tragedy of Commoners”, en: Sobres, M. y Robb, J. (eds.) *Agency in Archaeology*. Londres y Nueva York: Routledge.

PÉREZ LARGACHA, Antonio (2015) “Algunas reflexiones sobre Gilf Kebir, el Desierto Occidental y los orígenes de la cultura egipcia”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* 24: 89-110.

PIZZATO, Giulia (2019) “The fantastic creatures in Predynastic Egypt: An essay about Near-Eastern influences”, *Journal of Intercultural and Interdisciplinary Archaeology* 3: 29-38.

PREZIOSO, Emanuele (2020) “Cognitive archaeology and the ‘Ancient Mind’: Mesopotamian motifs in the formation of Egyptian elites in the fourth millennium”, en: Iamoni, M. (ed.) *From the Prehistory of Upper Mesopotamia to the Bronze and Iron Age Societies of the Levant. Volume 1. Proceedings of the 5th “Broadening Horizons” Conference (Udine 5-8 June 2017)*. Trieste: EUT Edizioni Università di Trieste.

RIEMER, Heiko (2007) “When hunters started herding: pastro-foragers and the complexity of Holocene economic change in the Western Desert of Egypt”, en: Wotzka, H-P., Bollig, M. y Vogelsang, R. (eds.) *Proceedings of an International ACACIA Conference*. Colonia: Heinrich-Barth-Institut.

RIEMER, Heiko y FÖRSTER, Frederik (2009) *Desert Animals in the Eastern Sahara: Status, Economic Significance and Cultural Reflection in Antiquity. Proceedings of an interdisciplinary ACACIA Workshop held at the University of Cologne, December 14 – 15 2007*. Colloquium Africanum 4. Colonia: Heinrich-Barth-Institut.

ROSTOVTZEFF, Mijail (1922) *Iranians and Greeks in South Russia*. Oxford: Clarendon Press.

SCHAEFFER, Jean-Marie (2007) *El fin de la excepción humana*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SCOTT-PHILLIPS, Thom, BLANCKE, Stefan y HEINTZ, Christophe (2018) “Four misunderstandings about cultural attraction”, *Evolutionary Anthropology* 27: 162-173.

SEVERI, Carlo (2004) *Il percorso e la voce: Un’antropologia della memoria*. Torino: Giulio Einaudi.

SMOLIK, Joe (2022) “The Hunters’ Palette: A Novel Explanation of the Enigmatic Double Bull, an Image That Survived through the Millennia”, *Journal of the American Research Center in Egypt* 58 (1): 209-231.

SOLOMON, Anne (2018) “Body Images: Understanding Therianthropes in Rock Art”, en: Huyge, D. y Van Noten, F. (eds.) *What ever happened to the people? Humans and anthropomorphs in the rock art of northern Africa*. Bruselas: Royal Academy for Overseas Sciences.

SPECK, Sonjia y ZARTNER, Katharina (2020) “Approaching archaeological images with cognitive science”, en: Bracker, J. (ed.) *Homo Pictor. Image Studies and Archaeology in Dialogue*. Freiburger Studien zur Archäologie & Visuellen Kultur 2. Heidelberg: Propylaeum.

SPERBER, Dan (1985) “Anthropology and psychology: towards an epidemiology of representations”, *Man* 20 (1): 73–89.

SPERBER, Dan (1996) *Explaining Culture. A Naturalistic Approach*. Oxford: Blackwell Publishing.

SVOBODA, Jiri (2009) “Action, ritual, and myth in the rock art of Egyptian Western Desert”, *Anthropologie* 57 (1-2): 159-167.

TEISSIER, Beatrice (1987) “Glyptic Evidence for a Connection between Iran, Syro-Palestine and Egypt in the Fourth and Third Millennia”, *Iran* 25: 27-53.

TOOBY, John y COSMIDES, Leda (1992) “The psychological foundations of culture”, en: Barkow, J. H., Tooby, J. y Cosmides, L. (eds.) *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*. Oxford: Oxford University Press.

VAN DUZER, Chet (2012) “Hic sunt dracones: The Geography and Cartography of Monsters”, en: Mittman, A. S. Y Dendle, P. J. (eds.) *The Ashgate Research Companion to Monsters and the Monstrous*. Nueva York: Routledge.

WARBURG, Aby (1920) “Pagan-Antique prophecy in words and images in the age of Luther”, en: Warburg, A. (1999) *The Renewal of Pagan Antiquity. Contributions to the Cultural History of the European Renaissance*. Los Angeles: The Getty Research Institute for the History of Art and the Humanities.

WATANABE, Chikako (2002) *Animal Symbolism in Mesopotamia. A contextual approach*. Viena: Institut für Orientalistik der Universität Wien.

WENGROW, David (2003) “On desert origins for the ancient Egyptians”, *Antiquity* 77(297): 597-600.

WENGROW, David (2011) “Cognition, materiality and monsters: The cultural transmission of counter-intuitive forms in Bronze Age societies”, *Journal of Material Culture* 16(2): 131-149.

WENGROW, David (2018) “The origins of civic life – A global perspective”, *Origini. Preistoria e Protoistoria delle Civiltà Antiche* 52: 25-44.

WENGROW, David (2020) *The origins of monsters. Image and cognition in the First Age of Mechanical Reproduction. The Rostovtzeff Lectures*. Princeton: Princeton University Press.

WILKINSON, Toby (2001) *Early Dynastic Egypt*. Londres: Routledge.

ZBORAY, Andras (2012) “A revision of the identified Prehistoric Rock Art Styles of the Central Lybian Desert (Eastern Sahara) and their relative chronology”, en: Huyge, D.; Van Noten, F. y Swinne, D. (eds.) *Proceedings of the International Colloquium ‘The signs of which times?’ Chronological and Palaeoenvironmental Issues in the Rock Art of Northern Africa*. Bruselas: Royal Academy for Overseas Sciences.

ZBORAY, Andras (2013). “Wadi Sura in the context of regional rock art”, en: Kuper, R. (ed.) *Wadi Sura – The Cave of Beasts. A rock art site in the Gifl Kebir (SW-Egypt)*. Colonia: Heinrich-Barth-Institut.

ZBORAY, Andras (2018a) “The petroglyphs of Jebel Uweinat. Many questions and a few answers...”, en: Kabacinski, J.; Chlodnicki, M.; Kobusiewicz, M. y Winiarska-Kabacinska, M. (eds.) *Desert and the Nile, Prehistory of the Nile Basin and the Sahara, Papers in honour of Fred Wendorf*. Studies in African Archaeology, vol. 15. Poznań: Poznań Archaeological Museum.

ZBORAY, Andras (2018b) “Stylistic variations of representing the human figure in Uweinat cattle pastoralist rock art”, en: Huyge, D. y Van Noten, F. (eds.) *What ever happened to the people? Humans and anthropomorphs in the rock art of northern Africa*. Bruselas: Royal Academy for Overseas Sciences.